

Capítulo XV

722 1/2

El Sr. Presbítero Dr. D. Manuel Solé.

El respetable Sr. Dr. Solé, de origen español, pero muy afecto a nuestra nación, es bastante conocido y justamente estimado, para que intentemos hacer su elogio. Mereció gran confianza del Illmo. Sr. Sabatida, de feliz memoria, y la ha merecido de nuestro actual Illmo. Prelado.

Es el Sr. Solé, persona de superior talento, escrupulosamente metódico, asiduo cultivador de la ciencia, estudia sin descanso. Ha sido por muchos años catedrático de Geología Dogmática en el Seminario Conciliar de México, y ha formado aprovechados discípulos. Por su vasto saber y recto juicio se le ha encomendado la censura de muchas obras.

Ultimamente, en atención a sus relevantes prendas intelectuales y morales; así como también, a sus indiscutibles méritos, fue nombrado Vice-rector de nuestra Pontificia Universidad Mexicana, y de mano del Illmo. Sr. Alarcón, recibió la bota de Dr. en Sagrada Teología.

El Sr. Solé ha escrito mucho; pero no lo que conocemos y que basta para apreciar la sana crítica, su peculiar útil, el modo de penetrar al fondo de las cuestiones y verlas por todos sus lados, es, primero el opusculo intitulado:

los misterios de la vida, creen resolver el problema de la muerte; y siempre quedan satisfechos con palabras y frases más o menos bulcas, y que en último análisis involucran un sofisma ó dicen que nos morimos porque nos morimos.

Demócrito, atomista decidido, creyó que "la atmósfera opresora, más pesante que el ser vivo, expulsa del organismo, con su presión, los átomos vivificantes."

M. Bichat, enciclopedista de la pasada centuria, desvirtuó con todo el aparato de su escuela, una hipótesis que en sustancia no difiere de la teoría de Demócrito.

Jorge Cuvier, célebre naturalista, justamente llamado el Aristóteles del siglo XIX; no difiere de Bichat, sino en la "claridad y precisión de los términos."

Lomismo plus minusve, dice M. Denys Coellin en "L'Évolution et la vie", teoría á la se han adherido algunos filósofos neo-escolásticos y hasta teólogos de nota.

Milne-Edwards y M. Paul Janet, abraxan y exponen una teoría en que se "asienta que la fuerza vital se consume por el uso, esto es, por el trabajo que desempeña en la organización de la materia inorgánica."

Sigue pasando revista á las opiniones de A. Sabatier; de Littré; de M. Maupas; de Belboenf, catedrático

Aunque interesantísimo de todo punto este trabajo histórico-crítico, no nos toca estudiarlo en estas Apuntaciones. No sucedi lo mismo con otras Cartas de carácter marcadamente filosófico, que empezaron á publicarse en el número 32 de

El Grano de Arena - Religión y Ciencia - Revista semanal, que dirige el R. P. Fr. Hilario Plaza, entonces Cura de Vicario fijo de Cuajimalpa y ahora Capellán de S. Fernando. Dicho número corresponde al 17 de febrero de 1895.

Las Cartas á un curioso versan sobre el discutido problema de la muerte.

No se trata de las muertes accidentales; "es decir, producidas por alguna lesión orgánica, interna ó externa, violenta ó paulatina, que destruyendo ó inutilizando algún elemento esencial del organismo, acaba por paralizar las funciones necesarias de la vida." La cuestión es, acerca de las muertes naturales ó normales.

Si bien el Sr. Solé ingenuamente confiesa que para su estudio, le ha servido de pauta, y le ha suministrado materiales un erudito artículo Pourquoi mourons-nous, suscrito por el P. Roux, sin embargo, hace cuenta de propia cuenta, ostenta las galas de su estilo y ~~en~~ la final conclusión es enteramente original.

Filósofos y naturalistas de nota, al paso que pretenden descubrir

tico de Lieja; de la escuela evolucionista citando á Weismann, etc. hasta llegar á la teoría del tan modesto como docto jesuita, P. Roux.

Después de hacer el P. Solé sus propias reflexiones, concluye: "Como quiera, el proceso de la vida va acompañado de un proceso de endurecimiento en la materia orgánica, ya sean objeto de él las moléculas celulares, ya lo sean las células, ó ya por fin los tejidos; ó bien las tres cosas juntas, ó dos de ellas. Ese endurecimiento, en el hombre, favorece la evolución vital hasta los 25 años de edad; y desde esa edad va creándole dificultades hasta la última vejez. De ese endurecimiento progresivo resulta la menor flexibilidad en los órganos todos de la vida; y de esa menor flexibilidad, en salvando el punto más favorable, resulta la menor aptitud y eficacia para cumplir cada órgano con sus funciones. Fíjate, amigo, en la circulación de la sangre. Por medio de tubos capilares deviene se el líquido reparador y depurador en todos los tejidos del organismo. La menor flexibilidad de los tubos capilares trae consigo necesariamente una mayor torpeza en el desempeño de las funciones propias; y esta mayor torpeza entorpece á su vez, así la elaboración y asimilación de materiales, como la desasimilación y expulsión de los desechos. De ese mismo entorpecimiento en las funciones de asimilación y desasimilación resultan con el tiempo los obstruc-

positos de residuos, de que nos habla el P. Roue, y quizás tambien la formacion de substancias verdaderamente toxicas. Recuerdate, amigo, ~~de~~ de que es achaque principal de la vejez la falta de circulacion en la sangre; y de que al correr de los años, aparecen tambien las obstrucciones conocidas en medicina con el nombre de ateromas. - Lo dicho acerca de la circulacion de la sangre puede aplicarse a cualesquiera otras funciones del organismo; lo mismo que puede aplicarse a ~~cual~~ todo ser viviente, sea animal, sea vegetal, lo dicho acerca del hombre.

Por lo tanto, esta la razon de la muerte en el proceso mismo de la vida, en cuanto a que verifica se este proceso por via de induccion de los productos vitales. Como en todas sus evoluciones, procede aqui la naturaleza gradual e insensiblemente, pero con paso firme y jamas detenido. No hay un solo producto que, bien sea por si mismo, bien sea a causa del medio que lo circunda o compenetra, no resulte menos blando que el producto anterior por el reemplazado. De ahi lo apergaminado del cutis en la vejez, y la dificultad de los movimientos. De ahi la decadencia general del ser, una vez traspuesta la cumbre de la vida; y por fin, la muerte.